



DOCTOR FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA

RECORDACIÓN DEL DOCTOR FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA *

POR CIRO RENÉ LAFON

Nos ha reunido hoy, aquí, el recuerdo de Fernando Márquez Miranda, profesor, colega y amigo. Nuestra casa ha querido rendir su homenaje a quien pasó por sus aulas, sus corredores y su Biblioteca, dejando tras de sí recuerdos claros, netos y precisos. Recuerdos, ejemplos y memorias, que casi todos los aquí presente —en su fuero más íntimo— guardan en forma indeleble.

Ocurre que la solemnidad del acto académico, la austeridad del recinto que preside la figura de Ambrosetti, el sello particular que presta el claustro universitario a las presentes circunstancias, aumenta el pudor de expresar sus sentimientos, que caracteriza a no pocos intelectuales. Y para otros, constituye una ocasión no muy apta para expresar una opinión, tomar una posición o declarar solidaridad con una figura que ya no es, pero que dejó sus trazas marcadas hondamente, a lo largo del tiempo que transitó por los ríspidos e ingratos caminos de la Antropología militante.

Pues bien, aún a riesgo de violar algunos de esos pseudo-tabú que son frecuentes en nuestro medio, evocaré a continuación algunas imágenes de Márquez Miranda, así, a secas, de Márquez Miranda hombre. Que fue tal. De Márquez Miranda antropólogo hablaré después, aunque no sería necesario que lo hiciera. Ya el mundo, en 1964, a tres años de su desaparición, ha conocido el homenaje de sus colegas y sus pares del mundo científico, a través del volumen compuesto en su honor, en España, dado a luz en ocasión del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas.

* Palabras pronunciadas por el Director del Departamento de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires, profesor doctor *Ciro René Lafon*, en el homenaje tributado al profesor Dr. Fernando Márquez Miranda, al cumplirse el IVº aniversario de su fallecimiento en diciembre de 1965.

La primera imagen, es de Márquez Miranda en 1942. El primero que yo ví aquí mismo. En este mismo lugar. En esta misma aula. Recuerdo a aquel profesor que consiguió hacernos padecer junto con los conquistadores, el drama de Diego de Rojas herido por una flecha empozoñada y muriéndose lentamente ante la angustia de sus compañeros. Conocía bien sus cronistas y era un erudito en las fuentes históricas, pero tenía algo más. *Vivía* esos acontecimientos y lograba transmitir a sus alumnos, el entusiasmo y la pasión por esos temas. Eso, no se aprende en los textos. Todos nosotros, los que hemos nacido y crecido en esta casa, una Casa de Humanidades, lo sabemos, ¿verdad?

La segunda imagen es posterior, quizá alrededor de unos quince o dieciséis años. Quien les habla, egresado ya en la primera etapa de su carrera docente, acababa de ganar por concurso una cátedra de Historia en el Colegio Nacional de Buenos Aires, donde Márquez Miranda cumplía funciones de profesor y de Director del Departamento de Historia. Ya en ese entonces teníamos en común, la Arqueología. El, en cumplimiento de sus obligaciones, debía observar e informar alguna de mis clases, sin previo aviso y de su informe dependería la confirmación en el cargo. Cierto día, en uno de nuestros encuentros en la Sala de Profesores, me dijo: "Un día de estos lo visitaré". Y así lo hizo. No mucho después, un viernes, a la última hora, entré a mi clase, casi en el momento de sonar el timbre que avisa cinco minutos antes de terminar la hora.

A tout seigneur; tout honneur; ¿no es verdad?

La tercera imagen es de Márquez Miranda maduro. En la cima de su carrera. Hace pocos años. Profesor titular, académico, decano, dos veces doctor, emocionado hasta las lágrimas y temblorosa la voz, recordando a un insigne colega desaparecido, ilustré americanista. Pero no tuvo empacho en mostrar sus sentimientos, mientras estrujaba entre sus manos la última carta personal del gran americanista que era su amigo, Paul Rivet.

Y para terminar con esta serie de recuerdos personales, una última imagen. Márquez Miranda, poco tiempo antes de su sorpresiva desaparición. Agil, nervioso, animado, movedizo, algo fatigado a veces cuando llegaba de La Plata, a últimas horas de la tarde a dar su clase y atender las tareas del Departamento bajo su dirección. Sin gozar siquiera de la relativa tranquilidad del Profesor *full time*. Como todo hombre de acción y de "cosa pública" cosechó elogios y honores, in-

gratitudes e injusticias, algunas desmesuradas, en los últimos años, que no consiguieron hacer de él, ni un resentido ni un amargado.

Conservó su amabilidad y su sonrisa, sus modales y su consideración para con los demás, aun cuando a veces la desconsideración y la falta de respeto se ensañaron en él. Era un caballero que revivía al trasponer la reja de esta finca en calle Moreno, donde, hasta el último momento, fue el Dr. Márquez Miranda (aunque entre nosotros lo llamaríamos ya Don Fernando, con esa mezcla de afecto, respeto y consideración que guardamos todavía por el viejo maestro, algunos de los que fuimos primero sus alumnos y después sus colegas).

Y ahora, después de pedir excusas al auditorio por haberle hecho participar de mis recuerdos personales, rememoraré algunos momentos de la vida de Márquez Miranda antropólogo, que merecen especial mención en nuestros tiempos. Tiempos de renovación y de lucha. Tiempos de crisis y de ajuste para hombres e instituciones. Tiempos de dura lucha en los cuales la claridad de pensamiento y la objetividad del hombre de ciencia deben prevalecer sobre la fuerza del instinto, el entusiasmo juvenil y aún, sobre el ardor político, especialmente en el campo que cultivamos, que como antropología, es escenario donde se proyecta toda la actividad humana.

Márquez Miranda tomó parte de la generación anterior y de la Universidad anterior al gran cambio de los últimos tiempos. Fue un hombre de la Reforma, en la que participó como estudiante, a la que consolidó como profesor, como Consejero y como Decano. La adversidad del devenir político, aunque jamás hizo política, lo alejó de sus cátedras y de sus funciones —pero no de la ciencia— y volvió luego en su madurez plena, cuando la Universidad empezaba a ajustar su devenir al ritmo de los tiempos. Los tiempos nuevos. Vivió lo suficiente de estos nuevos tiempos como para apreciar en su debida magnitud las grandes ventajas de la renovación y, concretamente, los grandes peligros que trae aparejada la libertad indiscriminada cuando altera los cauces de la corriente científica y subvierte los valores. Muchas veces, ya en colegas del Departamento de Ciencias Antropológicas, hablábamos de “nuestros tiempos”. El, de los tiempos del 18, de la Reforma. Ambos, de los del 40, del 43, del 45 y de los posteriores. No militamos en los mismos bandos y muchos años nos separaban, pero algo de mayor fuerza nos unía: la Universidad a la que pertenecíamos y a la que brindábamos y brindamos nuestro esfuerzos.

Mucho hizo Márquez Miranda por la Universidad, por la Ciencia

y por el país. Algunos de los pantallazos de su vida científica bastarán para confirmarlo y para que los futuros antropólogos aquilaten mejor una figura que, desgraciadamente, no alcanzaron a conocer. Un hombre de ciencia que era antes que nada, hombre y caballero. Un *viejo liberal*, como alguna vez se denominó a sí mismo. Un hombre de la generación que dio personalidad a la Universidad Argentina y al que estaremos siempre obligados y a quien tenemos el deber de mostrar en su cabal dimensión a las nuevas generaciones.

El recuerdo será de Márquez Mirandá antropólogo, porque si bien buena parte de su labor cae en el campo de la arqueología, ninguno de los otros le fue ajeno y por todos transitó con la seguridad de su conocimiento y la galanura de su prosa.

La enseñanza y la investigación signaron con sello indeleble la vida científica de Márquez Miranda. Su actuación docente iniciada en 1923 y continuada ininterrumpidamente hasta su muerte, es prueba evidente de mi afirmación. Enseñó constantemente, en todos los niveles, con el mismo fervor y con el mismo entusiasmo. Aun resuena el eco de su voz en el Colegio Nacional de Buenos Aires y en La Plata, en el Instituto Superior del Profesorado Secundario y en las aulas universitarias de Buenos Aires y La Plata. En lo que respecta a su labor de investigador, cerca de trescientas publicaciones científicas constituyen prueba de mi aserto. Pero debemos señalar una actividad complementaria no menos significativa que las ya nombradas: fue Márquez Miranda uno de los antropólogos que más bregó por la divulgación y la exlaustración de las "Ciencias del Hombre", como gustaba llamar él a la Antropología. Centenares de charlas, artículos, conferencias y audiciones de radiotelefonía y televisión le dieron oportunidad para hacer conocer al gran público los secretos de su especialidad. Uno de sus espacios por Radio Nacional, en el que lo acompañamos, titulado "El maravilloso universo del hombre primitivo", se mantuvo en el aire más de seis meses ininterrumpidamente, como demostración cabal del interés suscitado.

Vineulada con ésta su preocupación por la docencia y por la investigación, se destaca la labor de Márquez Miranda *museólogo*. Estudió y clasificó buena parte de las famosas colecciones del Museo de La Plata, especialmente materiales peruanos y del noroeste argentino, tarea que brindó nueva y juvenil fisonomía a las viejas salas del edificio del Bosque, al organizar, e inaugurar en octubre de 1940, las salas de exhibición del Noroeste Argentino y la muy famosa "Sala Peruana",

admiración esta última de los propios peruanos distinguidos que la visitaran con motivo de su inauguración. Después de 1955, la reestructuración de estas salas abarcó hasta los pisos y techo, la pintura y los criterios de exhibición, permitiendo un mayor aprovechamiento docente y científico, aún en tiempos recientes. Contagió su dinamismo a sus colaboradores y alteró la paz de sótanos y depósitos en busca de las viejas colecciones que él bien conocía. ¡Claro! Las conocía desde la época de Luis María Torres.

Márquez Miranda arqueólogo tiene dimensión y prestigio propio que no necesita ser puesto en evidencia. No tiene objeto que recuerde yo aquí viajes, excursiones, reconocimientos y excavaciones a lo largo del país ni que lea la lista de sus publicaciones al respecto. Pero sí es ocasión de mencionar algunos hechos que, por poco conocidos o no recordados convenientemente, contribuirán a preparar el juicio sobre su obra. Del año 1946 data la erudita síntesis sobre "Los Diaguitas". Constituye un verdadero corpus de información que no puede ser ignorado. Con una adecuada diacronización que sólo se hizo después de Bennett, resistiría solidamente a la crítica. En cuanto al énfasis en las fuentes históricas, fue propio de su generación y de su tiempo y constituye una brillante página de la historia de nuestra Ciencia y no una rémora o un alarde erudito. Las fuentes históricas dieron particularidad a su época ¿o fueron moda? ¿Alguien se ocupó del "precerámico", como se dice ahora, antes que viniera Menghin y "recogiera" la primera piedra? Además, es justicia recordar su permeabilidad y receptividad ante las nuevas adquisiciones y los nuevos conocimientos. Hemos asistido, en su cátedra, a la incorporación de los últimos conocimientos de la Arqueología peruana y ecuatoriana, con olor de tinta fresca, inmediatamente después de su último viaje al Perú y Ecuador, en 1959; hemos conocido, "de visu" primero, y leído después, sus trabajos cronológicos en Juella y en Santa María. Y sabemos que entre sus papeles inéditos figura no poca documentación harto valiosa sobre estudios de cronología del N.O. argentino. Por lo demás, sus artículos, sus libros, sus trabajos, están ahí. Son prueba de una obra honesta y honrada. Claro que no es ignorándolas como se las oscurecerá.

Recordemos ahora a Márquez Miranda etnólogo. Ya en el año 1929, uno de sus artículos no muy conocidos se ocupa de las relaciones e influencias precolombinas intercontinentales, tema que le fue muy caro a lo largo de toda su vida. Tanto, que el trabajo que cierra su currículum, el nº 232, de la nómina de Comas, se refiere también a problemas parecidos: *Dos rutas de exploración de relaciones traspací-*

ficas y trasandinas con respecto al noroeste argentino *. Tengo para mí que éste su interés y su versación en etnología no debió ser ajeno a su relación estrecha y amistosa con Paul Rivet, uno de los pioneros de la especialidad americanística, de quien ya en 1928 había hecho la presentación en acto público a los antropólogos argentinos. Casi una década después, alrededor de 1940, cuando las semillas que dejara caer Rivet y la que sembrara Imbelloni fructificaban, prologó la edición castellana de la *Metodología Etnológica* de Graebner, que completó más tarde con un artículo más extenso sobre Fritz Graebner y el método etnológico. Casi contemporáneamente prologó también una edición de los *Mitos sobre el origen del fuego*, de Frazer, de quien comentó y criticó, *La Rama Dorada*. En tiempos más recientes sus incursiones por el campo de la Antropología Cultural, como prefería decir él, se hicieron más frecuentes, en aspectos no conocidos de su producción, como por ejemplo, *sobre las clases sociales en el Brasil*, *origen y distribución de las razas en la ecumene*, *unidad y diversidad de la América indígena o problemas de transculturación entre los Guaraní*. Queda también entre sus papeles inéditos un estudio sobre *Metodología de la Antropología Cultural*, que incluye a Graebner, Frazer, Malinowsky y otros autores, precedido de una sólida Introducción, fruto de su madurez, que no alcanzó a dar a conocer.

La incursión de Márquez Miranda por los campos del Folklore no es tampoco aspecto muy conocido de su producción. Caracterizada cierta parte de su vida y cierta etapa de su carrera, de particular significado personal, que si bien no es del caso juzgar ni es ésta la oportunidad, podemos consignar cronológicamente como concentrándose alrededor de 1948 y 1949. Una serie de artículos en revistas no científicas, en periódicos serios o en revistas científicas del exterior, muchos de los cuales firmó con seudónimo, son la oportunidad para que dé a conocer jugosas observaciones de interés folklórico que suelen escapar a los eruditos corrientes. Merecen especial mención aquellos referentes a la medicina popular en el noroeste, sobre el algarrobo, ritos ancestrales y las referentes a la festividad de la Virgen de la Candelaria en distintas regiones del país. No debe extrañar esta afición en quien más de una década atrás había estudiado con profundidad una de las artesanías clave de la época colonial: la platería. En los últimos tiempos de su vida, no abandonó nunca su interés por esos aspectos y, paralela-

* N. B. Ver ficha N° 249 en la Bibliografía que aparece en este tomo X de "Huna", completada y puesta al día para este volumen.

mente a su labor fundamental, seguía dando a conocer sus impresiones y sus observaciones, ya referidas al *camarucu* o al *carnaval* en Juella, o bien atacando legalmente problemas de protección de antigüedades y objetos folklóricos.

Un párrafo especial merece la actividad de Márquez Miranda como biógrafo de los hombres que consagraron su vida a las ciencias que él cultivó. Fue, verdaderamente, un *salvador de almas*, para decirlo con una de sus frases favoritas. Semblanzas como la de Francisco P. Moreno, o de Luis María Torres y la "vida heroica", como denominó a la de Ameghino, permiten apreciar sus dotes de investigador y de escritor "de oficio", desde sus comienzos. Esta veta de su incansable labor fue enriquecida en sus últimos años con una obra "Siete arqueólogos. Siete culturas", calificada por los entendidos europeos como un verdadero tratado de arqueología. Podemos decir que nadie llegó a conocer como él a los antropólogos que le precedieron, como estudiosos y como hombres. Leyendo sus biografía podemos hoy tener una imagen vívida de cómo fueron Lehmann-Netsche, Ambrosetti, Debenedetti, Quiroga, Outes, Aparicio, o la en gran parte inédita aún de Lafone-Quevedo, o de José Toribio Medina, o Boucher, de Perthes. La obra de Márquez Miranda biógrafo constituye un aporte que debe ser destacado, a la par de su restante producción, puesto que contribuye a ubicar a sus biografiados en el imprescindible marco de su tiempo y de sus circunstancias, sin el cual todo juicio sobre ellos se resiente de parcialidad.

Y para completar la recordación de Márquez Miranda, después de esta rápida mirada sobre su larga vida universitaria, acudiré nuevamente a mis recuerdos personales de los últimos años, de nuestra tarea en común. Y digo "nuestra" porque si bien son *mis recuerdos personales*. son compartidos por muchos de los aquí presentes, y muy de cerca, y con mucha vehemencia, como ocurre cuando uno ha puesto mucho en una obra que es común, como ocurre cuando uno pone mucho de sí en algo que es para los demás. Por esa misma razón, no tendrán mis recuerdos el sentido de juzgar, porque hemos sido "pares". Son, simplemente, eso: recuerdos, que algún día servirán seguramente. No creo caer en falta de modestia si digo que me considero un informante; un buen informante. Se trata de la participación de Márquez Miranda en la creación de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas y en la actividad de la Sociedad Argentina de Antropología, a partir de 1956.

Después de haber sido el promotor de la carrera de Ciencias Antropológicas y organizador de todo su plan de estudio en la Universi-

dad Nacional de La Plata, al año siguiente, integró Márquez Miranda el conjunto de profesores que contribuyó con su esfuerzo al nacimiento, al funcionamiento y la consolidación de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas en nuestra Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires, grupo al que pertenecemos varios de los aquí presentes, sin distinción de edad. Perteneció Márquez Miranda al grupo de antropólogos argentinos, *de la Universidad de Buenos Aires*, que formó a los primeros licenciados con estudios regulares de la especialidad. He preferido decir "grupo" o "conjunto de profesores" porque es claro que no fuimos, ni lo somos, una generación. Demasiados años nos separan; mucha diferencia en la formación científica, en la posición teórica y en las finalidades hacen que no lo seamos. Pero por sobre todas las cosas, nos unió y nos une el amor y la dedicación por nuestra ciencia, que concentra nuestros esfuerzos. Más allá de todo lo que no sea interés nacional y científico, es una paternidad compartida. Pues bien, Márquez Miranda, también estuvo allí, en primera fila y fue nuestro primer Director titular. Trabajó con nosotros y para nosotros. Como lo hicimos todos. Puso el hombro en el esfuerzo común. Como lo pusieron otros dos hombres, que me permito recordar aquí: aquel hombre maravilloso que fue el doctor Federico Escalada, nuestro primer profesor de Técnica de la Investigación; y el doctor Mario Bunge, Padre oficial de la carrera en nuestra Facultad. Para el primero, emocionado homenaje. Para el segundo, honrado reconocimiento. ¡Gracias!, Dr. Bunge. No se equivocó usted. . .

Y como no podía ser de otro modo, mucho tuvo que ver Márquez Miranda con la Sociedad Argentina de Antropología. Tanto en la primera época, desde su fundación en 1936, como en la segunda. De la primera época, cuyo fin se mezcla con las transformaciones político-sociales que sacudieron al país en la década de "los cuarentas" no hablamos, porque no es el caso. Pero la conocimos bien, fuimos socios activos y también podemos ser buenos informantes. Casi diría, calificados. Hablaremos de la segunda época y especialmente en los años 1957 y 1960, cuando siendo él Presidente, se produjeron los dos acontecimientos que marcan el resurgimiento y la postrer vigencia de su estructura, que de no renovarse o ajustarse a las nuevas necesidades y circunstancias, parece condenada a vegetar en los papeles, por falta de interés (real!) de los especialistas.

Márquez Miranda organizó y presidió en 1957, las Primeras Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnología, que dieron prueba y fueron la oportunidad de demostrar que la Antropología Argentina

estaba madura. No en vano, en ese año se creaba la carrera en la Universidad de La Plata y al año siguiente cuajaba en la nuestra. Pero hubo más. Se celebraron reuniones periódicas de Comunicaciones y hasta un Cielo de Conferencias de Divulgación que llenaron este aula con público pocas veces visto. Fue un gran esfuerzo. Todos trabajamos. Cada uno en sus posibilidades y según su entusiasmo. Pero un reducido grupo. Muy pequeño. Y muy lírico.

Así llegó el Año del Sesquicentenario de la Revolución de Mayo. Las segundas Jornadas Internacionales también se concentraron, como se concentraron los volúmenes que vieron la luz ¡dos años después!. Jornadas y volúmenes bajo su dinámica dirección. También estas Jornadas fueron un éxito. Pero la crisis de la Sociedad ya se planteó de ahí en adelante y dura hasta hoy. Sea como fuere, Márquez Miranda está ligado a la primera época —fue socio fundador— y al resurgimiento de la Sociedad Argentina de Antropología por su acción personal y científica, que recuperó y acrecentó su prestigio tradicional.

Terminamos nuestra evocación recordando una vez más, su figura ágil, su decir galano y su sonrisa cordial, incorporado ya a la nómina de figuras de nuestra casa, que si bien no fue su hogar paterno, fue su casa. Casa de estudio y de meditación. Casa de refugio y de nuevos afectos, a la que dio lo mejor de su madurez.

Aquí vivió. Aquí estudió. Aquí enseñó.

Aquí se le recuerda. Y aquí se le recordará.